

22 de julio—A bordo del "Equateur," rumbo á Río de Janeiro, con las molestias y trastornos consiguientes á todos los viajes. Por escasez de agua en el puerto, se pospone la partida hasta las 5 de la madrugada.

Al obscurecer comemos, en la mesa del comandante, mi secretaria de legación,—no yo!—y frente de ella, dos religiosas francesas que se persignan al principiar su sopa. Luego de comer, bajo á caminar en tierra firme; decididamente, la tierra nos atrae por más que maldigamos de ella. Resuelto á acostarme, vuelvo al "Equateur" en donde me avisan que un oficial de la marina chilena me espera hace rato. Hablo con él, lo envía Adolfo Guerrero, el Ministro de Chile en la Argentina, desde el derrocamiento de Balmaceda por el parlamentarismo, para que vaya yo á conocer el acorazado "Presidente Pinto," entrado en el puerto esta misma tarde. Y á lo largo de la dársena negra, con sus "pescantes" gigantescos, sus embarcaciones atracadas como inmensos pulpos que en las sombras y á medio salir de las aguas acecharan su presa, caminamos el oficial y yo, hablando apenas. Cruzamos, primero, la cubierta de un vapor carbonero; en seguida, una insegura tabla nos da acceso al "Presidente Pinto."

Preséntame Guerrero al capitán y á la esposa de éste que por excepción lo ha acompañado de Europa acá; y consignándome después á otro oficial de á bordo, visito de arriba á abajo el flamante acorazado chileno.

Lo hallo odioso, como odiosas resultanme todas las perfeccionadas máquinas modernas de destrucción humana; mientras más terribles son, más antipáticas se me antojan, así sean mexicanas ó extranjeras. Todo el respeto que me infunde el pácífico y civilizador vapor mercante, truécase en inquina al contemplar estos mónstruos hambrien-

tos y homicidas que denominamos buques de guerra.

Mas como yo no he de corregir el mundo, de declarar tengo que el "Presidente Pinto" reúne cuanto á este respecto se ha descubierto y mejorado; es una maravilla de . . . crueldad! Lo visito íntegro; lo mismo la torre de combate que los cañones de tiro rápido y de 15 centímetros de diámetro; los sitios en que yacen, erectos, los rifles Manlicher, los revólvers y los sables de abordaje, que la sala en que conversan y ríen los Guardias-marinas; los camarotes de la oficialidad, (con retratos de mujeres algunos, retratos que no pueden determinarse en la rapidez de la visita pero que reparten un perceptible perfume del amor femenino en todas sus manifestaciones, desde el de la madre—el más santo!—hasta el de la prostituta—el más espantoso y temible! Lo mismo visito,—decía,—esos camarotes que el lugar en que duerme la tripulación, abajo, (¿entrepunte?), ciento y cincuenta individuos que parecen amortajados dentro de las suspendidas hamacas que ahora mecen sus sueños y que, durante las travesías, han de oscilar con encrespamientos. A la escasa luz con que yo diviso el cuadro, antójase este un flotante cementerio egipcio; y si no mirara de vez en cuando el pie desnudo de alguno de los durmientes ó un torpedo en su forma de desarrollada anguila, ni oyera ronquidos vigorosos, la ilusión sería completa.

Luego, en la cubierta, los proyectores eléctricos lanzan sus rayos luminosos é inquisidores, hasta cinco millas de distancia. Y por unos instantes, aquello es fantástico: los dos chorros de luz tan pronto se posan en las cofas—erizadas de ametralladoras,—como azotan el río; tan pronto sorprenden las apiñadas casucas ribereñas, como alcanzan un buque que se marcha lentamente en las negruras de la noche; tan pronto se cuelan por las

calles de Buenos Aires, como se estrellan en las cúpulas de los templos metropolitanos. . . Bajamos; el 20. comandante manda servir una botella de Champagne, y, ya al despedirnos, observo en los departamentos del comandante en jefe—puesto con gran lujo—un piano y una gorra de chiquillo.

—¿Trae usted niños, comandante?

—Sí, á mis hijos que fueron conmigo á Europa á recibir el barco; por eso también viene la señora.

Los cuatro niños durmiendo en el acorazado ¡la vida junto á lo que siembra la muerte! me hacen augurarle al "Presidente Pinto" que se muera de polilla y vejez en algún puerto de su patria; que estos niños que en su vientre conduce, lo libren de nunca mancharse con sangre humana.

23 de julio—(A bordo del "Equateur," de las Mensajerías Marítimas.) Encallados desde esta mañana á las 8, á unas millas de Buenos Aires. Nada particular. Por la noche, las luces del puerto nos proporcionan un lindo panorama. Cree el capitán que partiremos mañana, ora descargando un poco, ora á fuerza de remolcadores.

A pensar, en mi silla.

¿Se habrán puesto á la venta mis "Apariencias"? Amohíname no haberlo presenciado; ¡qué diantre! no en balde un libro nuestro nos hace gozar y sufrir quince meses largos. . . . queríamos darle los últimos consejos y las recomendaciones postrimeras, apercebirlo para el combate, estimularlo:

—"Parte, hijo mío, y sé fuerte! Ve á divertir al público, el grueso público torpe é indispensable porque tiene el criterio en el bolsillo; porque sin dinero, nadie, ni los literatos viviríamos, y el dinero él lo posee y reparte á su capricho; él, esa masa cruel, hipócrita, anónima, múltiple, que inun-

da y domina el universo; los ignorantes, las medianías, los impotentes, los analfabetas y las mistificaciones; alguno que otro honrado é inteligente, vale decir, la excepción confirmando la regla, excepción que sin embargo es la amada de los autores aunque no la conozcan, quizás precisamente por eso! Puesto que ello es preciso, salúdalos, pero también, desprécialos si se ofrece! Pocos te entenderán, menos han de querer entenderte, y menos todavía habrán de amarte! Si los más te entendieran, leerían lo que en invisibles caracteres escribí entre tus rengiones:—El único consuelo del literato de verdad en Hispanoamérica encierrase en dos cosas: en el placer inefable del engendramiento, todos los detalles y naderías que embriagan y acarician nuestro propio temperamento; y en la satisfacción íntima y un tanto vanidosa de sentirnos superiores al público—¡oh, el público!—por cima de lo común y lo grosero—aunque nosotros hayamos caído y no podamos volver á levantarnos; ya nos hemos levantado antes, ya hemos hecho obra (privilegio del que no todos disfrutan por mucho que lo intenten y deseen!)—por cima de los interlocutores que hay que sufrir, á los que sin equivocarnos calificamos *in pectore* con el solo calificativo á que son acreedores:

—¡¡¡GANSOS!!!. . . ."

24 de julio—(A bordo del "Equateur.") Varados todo el día y la noche toda, mascando el fastidio, fumando el fastidio, respirando el fastidio.

25 de julio—(A bordo del "Equateur.") A las 6 y $\frac{1}{2}$ de la mañana salimos al fin de la varadura, aunque para cargar de nuevo las mercancías de que ayer nos aligeramos, volvemos á detenernos. Es hoy el tercer día que perdemos en el puer-

to; hasta las 9 y 5 minutos de la noche no emprendemos la marcha.

Lo que nunca me imaginé, ocurrieme sin embargo: simpatizo tanto con las religiosas que en el barco viajan, que charlamos á menudo, en la mejor armonía. Encantado estoy, porque me representan un tipo que me era totalmente desconocido y que estudio lo mejor que puedo. Los Goncourt, —de cuya compañía impresa vengo disfrutando,— estudiaron en su Soeur Philoméne á la hermana de la caridad en el hospital; mas las religiosas de que yo me ocupo, mis compañeras de travesía, pertenecen á la clase de "educatrices," de conductoras de la niñez femenina y acomodada, en esos vastos planteles modernos que son tan admirables en . . . su exterior!

Bien pudiera ser que me trajeran, con su trato, el argumento de una novela que hace tiempo me inquieta el cerebro, en la que figuraría mucho un convento, un corazón en agonía, la muerte de una monja y el nacimiento de una mujer.

La hélice me está invitando á ir á la cama; voy á acostarme, á no pensar. Comienzo á disfrutar de vacaciones mentales, las que necesitaba después de "Apariencias."

La ociosidad de los viajes es beneficiosa para los que trabajamos con la cabeza.

26 de julio—(A bordo del "Equateur.") Anclados todo el día, frente á Montevideo. A las 8 de la noche las levamos; estamos ahora en pleno océano.

30 de julio—(A bordo del "Equateur.") Horriblemente mareado hasta hoy, medio muerto, sin ideas, ni movimiento, ni nada, maldiciendo de este viejo é irresponsable mar.

Acabamos de entrar en el puerto de Río de Janeiro; nos hallamos anclados en este instante en medio de su bahía maravillosa; el panorama es incomparable! Surge una porción de lucecitas de las playas vecinas, la luna argentea el conjunto, y, con espasmos, se baña muy blandamente en las olas inquietas. ¡Con cuánta razón es este puerto el primero del mundo, después de los Dardanelos! ¡todo él es belleza y belleza grandísima! Lástima que sea tan malsano; sin sus enfermedades, sería un paraíso. Pero siempre los contrastes amargos, siempre la vida ofreciéndonos cuanto de más ideal apetecemos, para otorgarnos, en cambio y al fin, un dolor ó la muerte. . . .

Dos ocasiones van con ésta que contemplo de noche el oriental espectáculo de Río de Janeiro, desde su bahía, y las dos me han producido impresión idéntica: el secreto deseo de arrodillarme frente á belleza tanta; belleza que hace enmudecer, pensar en el Divino Artífice, oculto allá. . . ¿en dónde? . . . ¡quién sabe si no dentro de nosotros mismos, en nuestra alma, la renegada de los necios y de los que se animalizan!

Los espectáculos de esta magnitud tienen que volver creyentes aún á los incrédulos más honrados, y por eso, por su misma honradez, más desventurados.

La propia naturaleza grita que cree.

Es el ¡¡¡CREDO!!! elocuente y mudo de las cosas grandes!

Antes de recogerme en mi camarote, realizo una tentación. En los W. C. de á bordo, hay un pobre viejo encargado de mantenerlos aseados, es decir, con el último de los oficios posibles. Su única distracción, su sola amiga—allí donde él se conserva, sin obtener más que una que otra mirada indiferente de los que entran y salen,—es una pipa de

15698

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
140. 1625 MONTERREY, MEXICO

madera que chupa con delicia cuando nadie lo observa y que oprime entre sus manos cuando alguien se aproxima. . . . Pobre viejo! ¡Cuántas confidencias no le hará al tenerla entre sus labios, al esconderla, al cargarla con un puñado de tabaco que le significa un sacrificio! . . . Y pienso en su niñez,—que él ha de divisar muy esfumada en sus recuerdos,—cuando poseía padres y afectos y dicha. Quizá tenga familia; una familia miserable en algún rincón de su patria lejana, la cual, sin embargo, ha de trocar en día de fiesta el día de sus regresos, unos regresos incoloros, sin regalos, sin dinero, sin propinas; ¿quién ha de obsequiarlo con éstas ni por qué?

Lo pilla en un buen momento, está dormitando, su pipa siempre entre las manos. Lo despierto, y al contemplarme, azorado por mi actitud,—creerá que voy á exigirle mayor aseo,—le regalo un franco. . . . Nada puede decirme al pronto, mirando la moneda; mientras, yo me escurro por los corredores. Tiene tiempo de serenarse; alarga el cuello, y su voz temblona y conmovida me halaga, me premia, la escucho acostado aún:

—Merci, mon cher Monsieur, merci. . . .!

31 de julio—Después del almuerzo, á bordo, despedida del comandante y oficialidad del "Equateur;" de los compañeros de viaje, que á veces no nos encontraremos nunca más, que á veces son el preludio de amistades posteriores y duraderas.

En ligero remolcador cruzo la bahía, que parece temblar de voluptuosidad extrahumana con las caricias de este sol, paradisiacamente recostado en toda ella.

¡Cuadro admirable!

Hay efectos de luz y claro-oscuro; hay infinidad de islas llenas de palmeras y bordadas de casitas como gaviotas que descansaran; edificios que rien

y sin cesar se miran en las ondas que los besan y besan con castos besos rumorosos.

En la orilla, tomo un tren especial que me conduce hasta Petrópoli; dos horas de continua ascensión en camino de hierro empinadísimo, de *cremaillére*, como los de Suiza; vegetación tropical y exuberante, muy parecida á la de nuestro camino de Veracruz en su parte tórrida, una vegetación que se cuele por los ventanillos de los coches; el ambiente, impregnado de aromas, la tierra de savia, las plantas, congestionadas de vida y de colores.

Al saltar del tren, para disfrutar de la tarde, encaminome á pie al hotel de "Bragança," costeando el río artificial que serpea por la ciudad y la embellece.

De sobremesa, en el "Bragança," charla íntima, con mi jefe y su esposa, que sazonomos con cigarrillos turcos y cerveza alemana.

Y ahora,—cerca de la media noche,—estoy plumeando en el propio cuarto que ocupé el último septiembre, cuando mi primer viaje al Brasil. Cierro el "Diario," porque abajo, en el salón, unos portugueses cantan un flamenco, que ni en. . . . Flandes se aguantaría.

2 de agosto—Recibo y copio:

"No. 12, Rua de Olinda. (Botafogo.)

"Mon cher ami:

"J'apprends avec un vif plaisir votre arrivée et vous prie de me laisser savoir si vous comptez venir prochainement á Rio et pour combien de temps.

"Outre le désir de vous voir et de vous présenter á quelques uns de mes amis, j'ai á m'entretenir avec vous d'un sujet qui m'occupe en ce moment et pour lequel j'espère vous me serez utile avec

“votre expérience littéraire et votre connaissance
“de nos pays d'Amérique.

“Croyez moi tres sincerement.

“Bien a vous.

“Joaquim Nabuco.”

Explicar quién es Joaquín Nabuco, parecería ocioso á los suramericanos que más cerca le quedan, como argentinos, “orientales” ó uruguayos, sus compatriotas los brasileños, y uno que otro, salteado, de los que á las letras se dedican en la América meridional ó septentrional. . . . Sin embargo, la explicación no huelga, pues, desdichadamente, nos hallamos muy lejos los unos de los otros,—mucho más en lo intelectual y literario que en lo geográfico, que ya es bastante!—en esta América nuestra; fuera de los países vecinos inmediatamente (á pesar de la vecindad inmediata ignoran todavía más de una cosa que debieran saber de cómo!), los demás no nos conocemos ni siquiera al través de la garrulería de nuestros diarios ó de la nebulosidad presuntuosa de nuestras revistas blancas, azules, modernas ó precursoras. ¡No sabemos nada! . . . Lo que es peor ¡¡no queremos saberlo!!! Que se nos hable de Europa y cosas europeas,—lo que no queda á nuestro alcance ni por educación ni por otra infinidad de capítulos—y entonces aplaudimos, llegamos al pasmo bouche beante de los salvajes que se deslumbran por baratijas cuyos reflejos y mecanismos desconocen; pero hablar de América, de América española, de nuestra América! . . . vamos, hombre, que no tienen perdón de Dios ni el que habla ni el que escucha. . . ¡No quite usted el tiempo, no sea usted cursi, ni “cargoso”! . . .

Y el Alma de Hispanoamérica continúa vagando desolada y sin consuelo por nuestras esterilidades espirituales, por nuestros solitarios bosques virge-

nes, por encima de nuestras ciudades abigarradas y por entre los renglones de nuestras producciones imitativas y reflejas, en su gran mayoría.

Digo, pues, que Joaquín Nabuco es una de las más interesantes figuras contemporáneas de la América latina. Su intelectualidad, cultivadísima, descuella en la oratoria, es un verdadero príncipe del verbo; y uno de sus mejores triunfos en esa línea es nada menos que haber contribuido, poderosísimamente, á la abolición de la esclavitud en el Brasil! La gratitud nacional ¡rara avis! lo ha premiado bautizando con su nombre, desde entonces justamente ilustre, una de las principales calles de Río de Janeiro. Es, además, un letrado de real mérito y lo que los brasileños denominan un “polígrafo.”

Es de un comercio agradable y modesto, en ocasiones instructivo sin petulancia; en físico es casi tan agradable como en su comercio: moreno, alto, elegante, de palidez tropical y de modales refinados; habla varias lenguas, el francés con maestría.

Yo lo conocí y traté en las reuniones semanarias de Rafael Obligado; y me felicito íntimamente de haber recibido carta tan cordial suya, con la cual se demuestra que no me engañé entonces, al suponer que la gran simpatía que supo inspirarme, él me la corresponde.

7 de agosto—(Petrópolis.) Una semana incolora, en el colmo de la higiene; con sensaciones físicas en lugar de ideas, montando á caballo, haciendo inmensas caminatas á pie, tratando de robustecer mi bestia.

He ido por dos veces á Río de Janeiro y me ha causado la impresión mismísima que me causó el año pasado: horror invencible, profundo, irracional por lo enorme. Me parece que aquello no es un si-

tlo adecuado para gente culta (y sin embargo, la hay, y mucha; los brasileños son inteligentes en su gran mayoría,) sino única y exclusivamente para negros y aventureros de ambos sexos. Sus calles tortuosas, sucias, calcinadas por un sol de fuego, me dañan; es una ciudad que me produce el efecto de una pesadilla; me deja adolorido el espíritu y necesito, para curarme, pasar á otro medio, proponerme el no volver aquí nunca más. Hasta el idioma se me atraviesa; tengo que recordar á cada paso que Camoens existió, á fin de no declarar jerga lo que oigo hablar á mi alrededor.

Petrópolis es todo lo contrario, es un pueblo floreciente, pintoresco, simpático, con una vaga melancolía que contribuye á hermosearlo en su fisonomía moral (la fisonomía moral que todas las ciudades presentan;) esa misma tristeza lo hace á uno vivir dentro de sí, poner en orden recuerdos y anhelos....

8 de agosto—Paso el día en Río de Janeiro y recibo una carta de Buenos Aires, un anónimo que en forma de efeméride maligna me anuncia que el 29 de julio fueron puestas á la venta mis "Apariencias." Esta pequeñez, de que me habría reído en cualquiera otra parte, y el no haber podido sacar mi pasaje de regreso, pónenme místico y mal dispuesto; hasta la incomparable bahía, que cruzo á la tarde rumbo á Petrópolis, me desagrada, me sugiere ideas de cautiverio, y la semana que aún tengo que permanecer aquí antes de marcharme, calcúlole eterna....

9 de agosto—(Petrópolis) Terminó la lectura de la "Historia de María Antonieta" de los Goncourt. Un primor el libro éste; me ha hecho detestar la Revolución y convencíome de que el fondo del pueblo

francés es cruel y sanguinario. Los hermanos geniales llegan á llamarlo, al hablar del 10 de Agosto, un "pueblo de asesinos"... Y lo peor es que tienen razón en el desnudo calificativo.

La indignación que tal lectura me causa, está demostrándome que no es "mi mundo" la pseudo-democracia de nuestras repúblicas; no odio á la pobre gente ordinaria—que es maleable y capaz de todas las enmiendas si se la lleva por el buen camino—odio á la canalla, odio á la patulea que se encumbra en muchos puestos culminantes de "nos *pays chauds*"—porque ésta sí que es maleante é incapaz de nunca regenerarse ni enmendarse... Concluyo, como siempre: riéndome de mi indignación, de nuestras clases directrices (?), y de mí mismo; de mí mismo más que de nada ni de nadie.

15 de agosto—A bordo del "Congo," de las Mensajerías Marítimas.

Mi última impresión del Brasil, es desagradable: un infeliz, atacado de fiebre amarilla, que no admiten en nuestro vapor y que regresa á tierra, sin protestas, con la desgarradora pasividad que la tal fiebre trae consigo; va rígido, dentro de un remolcador, sobre sus rodillas su hato; en una mano, sus economías presas en sucio bolso pequeño; con la otra mano defendiendo su sombrero de los embates de la brisa cálida de este puerto-horno.... y hay mucho de macabro en ese paseo veloz por la bahía congestionada de sol, de un hombre congestionado de muerte....

Me afirman que esta es la buena estación....

19 de agosto—Arribo á Buenos Aires.

Impaciente por ver mi libro, lo primero que hago es ir á la librería donde me lo encuentre de punta en blanco, prometiéndome mil cosas soñadas mientras

acaricio el lomo de los ejemplares de lujo y hojeo los ejemplares ordinarios. . . .

Magníficas noticias: el libro se vende!

Pídeme el primer ejemplar de lujo, Peuser, el editor, y se lo dedico de buena voluntad; se lo ha ganado.

Luego, á pie, recorro la calle de Florida, deteniéndome en las librerías que lucen mi obra en sus vidrieras:

—“¡Novedad!! APARIENCIAS, por Federico Gamboa.

Inefable dicha la de estos momentos, que premia mis afanes; paréceme la ciudad más bella, generosa la vida, tratables y enmendados mis semejantes. . . .

. . . . ahora, á trabajar el libro nuevo, el que comienza su existencia interno-cerebral.

21 de agosto—Dan principio los desencantos y amarguras peores, los que hay que devorar fingiendo una filosófica indiferencia. “El Diario,” de ayer tarde, publica la primera crítica sobre “Apariencias;” resultó exuberante y soberanamente aburridor.

23 de agosto—Aunque no he comunicado á nadie que me hallo de vuelta, determino no salir de casa esta noche por ser martes. Al concluir de comer, llega Domingo D. Martinto, el sonetista que á mi arribo á la Argentina se ocupó con elogio de mi “Del Natural” en uno de los diarios de esta capital porteña. Háblame de “Apariencias” en compungido tono, cual si me hiciese visita de pésame. En los cuantos minutos que me consagra, sólo me habla de que “La Nación” llamó á “Apariencias:” triste realidad de más de seiscientas páginas; y cuando no repite este para mí inesperado pous-

se-café, con calor grandísimo encomia “La Débauche” de Zola. . . . despídese, asegurándome que leerá mi libro y escribirá algo acerca de él.

Llegan después, García Velloso (un lbero bien intencionado que mucho estimo,) Vega Belgrano y Ernesto Quesada, (este último ha escrito una crítica sobre “Apariencias,” que aún no se publica,) y naturalmente es mi obra el principio de la conversación. Con el arribo del pintor Eduardo Schiaffino, se charla de otras cosas, hasta las doce y media de la noche.

¿Por qué me gana un invencible desaliento á causa de la frialdad del público para con mi novela? . . . ¿Por qué creí en el entusiasmo que provocaron algunos capítulos cuando su publicación en los periódicos? . . . Y yo mismo trato de explicármela; achácola á mi reciente viaje al Brasil, al conflicto constitucional argentino de estos últimos días que tanto ha absorbido la atención pública, á los defectos en que el libro ha de abundar y que yo, ¡ay de mí! no he advertido y quizás nunca advierta. . . . Hasta que por remate, voy á dar con la verdadera causa, la cuestión eterna en Hispanoamérica: el profundo desdén con que se mira y considera todo lo que á literatura se refiere. . . . Por vía de consuelo, pienso en que los “Cantos” de Calixto Oyuela, los “Recuerdos Literarios,” de Martín García Mérou, y el “Quillito” de Ocantos, cayeron en el vacío á pesar de ser los tres autores, argentinos esclarecidos—Oyuela sobre todo!— Pienso que en Centro América la cosa es peor aún; pienso en mi México, donde á poquísimos individuos importa que aparezca un libro ó que desaparezcan mil. Pienso en la misma España.—la patria madre!—en los puñados de años que Pérez Galdós vivió incógnito no obstante ser el autorazo que es; y por final, pienso en los Goncourt, en lo que lucharon y sufrieron; en la miseria de Zola; en que Flaubert, si no es á causa del imbécil

proceso que le intentaron por su maravilla de "Mme Bovary," sus bárbaros paisanos lo habrían ignorado qué sé yo cuántos lustros!... Y aunque á nadie me compare en mis soliloquios—¡no calza tales puntos mi egolatría!—pensamientos semejantes afiánzanme una melancolía acre que me invade en la cama y me ahuyenta el sueño, como si hubiera pensado en la muerte de alguna persona que quisiera mucho. . . .

30 de agosto—Han principiado á aparecer críticas serias sobre mi libro: una , de Ernesto Quesada, y otra, de Joaquín V. González. Anúncianse más del mismo carácter. Por cierto que me hacían buena falta para borrar la mala impresión de hace ocho días; las críticas serias,—aun cuando censuren,—compensan de los largos períodos ignorados de labor, son indispensables para estimularnos á quedar en la brecha.

A propósito de la racha por que atravieso de profundo y legítimo spleen, ocurreme esta pregunta:

—¿Cuándo podrá uno consultar, con probabilidades de alivio, á especialistas de enfermedades del espíritu?... Nuestro decantado progreso los reclama ya, y, sin embargo, no existen todavía.

2 de septiembre—Dos buenas noticias: sigue vendiéndose mi libro, y, sobre todo, es el asunto y la conversación del día. ¿Al fin? . . .

6 de septiembre—Muy animado mi martes literario, que se prolonga hasta la 1 y 30 de la madrugada.

Pídenme para un álbum un pensamiento sobre la felicidad, y escribo el que sigue:

—“La felicidad es un bibelot de los tiempos prehistóricos; perdióse el molde, y ahora sólo “conseguimos falsificaciones á precios muy subidos.”

Hoy apareció en la “Revista Nacional” la crítica sobre mi libro, de Alfredo Ebelot. Déjame muy satisfecho.

11 de septiembre—Continúan los pedidos de “pensamientos.” Trátase ahora de un señor Monner Sans, publicista español, que solicita mi colaboración para el número-único que acerca de Cristóbal Colón dará á la estampa el día 1o. de octubre próximo. Ahá va, aunque dudo que me lo entienda nadie; tant pis! no he de variarlo ni de aclararlo:

—“La América debe á Colón el mayor de los bienes y el mayor de los males:

“Es aquél, la vida de la humanidad, y es éste, “la humanidad de la vida.”

16 de septiembre—Sin novedad han transcurrido la noche de ayer y el día de hoy, aniversario de la independencia de mi país. Continúo, interinamente, representando á México.

Esta noche recibo por escrito una propuesta que me aturde: un literato francés, Albert Bloch, solicita mi permiso para traducir “Apariencias” y publicar su traducción en “Le Temps,” de París. Llama á mi novela *originale et forte*, y la considera (allá él. . . .!) entre alguna de Tolstoi y las “Mensonges” de Paul Bourget.

Más he tardado en leer la carta que en contestar que acepto ¡ya lo creo que acepto! . . . y póngome á hacer votos porque la cosa se lleve á cabo. ¡Qué ideal! ¡qué realización de mi más bello ensueño literario: ser leído en París!!!

17 de septiembre—Recibo de Rafael Obligado, autógrafa, la tarjeta que en seguida transcribo:

“RAFAEL OBLIGADO

Mi querido Federico:

“Nunca es tarde para transmitir latidos del corazón. Ayer fué el aniversario de la independencia de nuestro México, y Rafael Obligado, el argentino amado de los tuyos, no fué á abrazar en tí á tu noble patria. ¡Ella y tú perdónenme porque los amo mucho!

“T|C. Setbre. 17 de 1892.

Charcas 634.”

¿Tendré que agregar que esta felicitación es la que más me ha halagado, por venir de quien viene y por los términos en que viene?

19 de septiembre—Carlos Vega Belgrano me invita á comer en su casa.

Este Carlos, que cada día me cautiva más, tiene en su vida algunos rasgos honrosísimos.

Llamándola “mi esposa” me presenta á su Gretchen, quien, sin embargo, es sólo su querida; una querida de más de doce años de vida marital, á quien trata y considera cual si realmente fuese su mitad legítima. Se conocieron en Alemania, desde que él llegó allá de estudiante, y de entonces á la fecha no se han separado. Estoy cierto de que “la sociedad” ha de tenerlo por inmoral y corrompido; á mí, por este simple hecho, me parece todo un caballero.

Otro rasgo: Vega Belgrano es joven y es rico, descendiente de próceres, y en lugar de comprarse carruajes ó ropas londinenses, ha comprado la “Revista Nacional” que amorosamente dirige con

pérdida de dinero; en lugar de jugar y charlar en los clubs sociales, ha escrito dos tomos de “Pensamientos;” en lugar de alhajas, posee una biblioteca de 2,000 volúmenes y un par de perros que estima más, y con razón, que á muchísimas personas.

... después de comer, mientras Gretchen manotea en el piano de su saloncito, nosotros, en la biblioteca, fumamos. Los perros de Carlos,—uno de los cuales es una especie de fiera,—échanse á nuestros pies, y Carlos me lee fragmentos de una obra suya, en proyecto, á la que piensa denominar: “Mis Mujeres.” De pronto, se interrumpe, y á propósito de las novias, exclama, tristísimo:

—“¡Yo nunca conoceré ese paraíso!... la niña que pudo ser mi novia, está casada ahora; pero aún suponiendo que ella misma viniera á ofrecérseme, yo la rechazaría... prefiero quererla á grandísima distancia, más por mí que por ella... ¡Yo necesito de ideal para vivir!”

20 de septiembre—Joaquín V. González asoma en la puerta de mi comedor,—es martes,—con un número de “El Oeste,” diario de nueve años de edad que se publica en la ciudad de Mercedes, Provincia de Buenos Aires, y con la declaración siguiente:

—Le hacen á Ud. un robo que ha de alegrarlo.

—¿ ?...

—Están publicando “Apariencias” en el folletín de este periódico.

En efecto, sin pedir permiso á Dios ni al diablo, van ya en la parte II de mi novela, en el folletín número 37.

¿Serán los folletines de diarios provincianos el indicio de la popularidad?...